

# La Misión Social del Sacerdote \*

**TOMAS AMADEO**

Presidente del Museo Social  
Argentino — Buenos Aires

## I

Cuando se dirige la atención al cuadro que presenta la humanidad de hoy, considerándola bajo diversos puntos de vista, político, económico, social, religioso o meramente filosófico; cuando se le estudia en su unidad humana, el individuo, o bajo las distintas formas de su asociación; en ambos casos, el observador que cree o desea ser imparcial, quédase perplejo y se pregunta si estamos asistiendo al proceso de desintegración total de la humanidad civilizada o si nos encontramos, simplemente, en un recodo de su historia, en el confuso y atormentado pasaje de una edad a otra edad.

¿Revolución caótica o evolución acentuada? Es la pregunta que se hacen muchos y no faltan, así, quienes anuncian el fin catastrófico del mundo, ni quienes creen ver entrando a éste, en un período de ciertas analogías con la época medioeval.

La violencia con que se han realizado y se realizan ciertos cambios fundamentales, nos hace pensar en el desarrollo de una revolución de origen y de alcances universales. La relación y la influencia de la vida anterior del mundo en los acontecimientos que nos asombran, sugieren la idea de una gigantesca y visible evolución. Al fin y al cabo ¿existe entre ambos fenómenos, un límite seguro y preciso? ¿Qué es una revolución, sinó una evolución violenta y rápida? En ella, factores nuevos, precipitan acontecimientos que venían preparándose a impulsos de fuerzas visibles unas y misteriosas otras, acumuladas por la tradición y que tienen su origen primero, en el comienzo mismo de la historia.

(\*) Conferencia dictada el 13 de Junio de 1937 en la Facultad de Filosofía y Teología de San Miguel.

Sea como fuere, una cosa es segura, aún para aquellos que no tratan de ver o no pueden ver las causas mediatas, quizá las más sutiles y fundamentales.

Es la división del mundo en regímenes de fuerza y de violencia que abarcan lo político, lo económico, lo social y hasta lo religioso; que se manifiesta en la sensibilidad racial como en la nacionalista llegando en el orden interno de cada nación a dividir el pueblo y hasta la familia, en divisiones en las que, a menudo, las diferencias de ideologías y de intereses se desarrollan y extienden en levaduras de odio.

Numerosas instituciones, nacionales e internacionales, se han fundado para estudiar el fenómeno y sus causas, así como para encontrar y aplicar los remedios.

Desde hace ya mucho tiempo, filósofos, economistas, sociólogos y estadistas, vienen produciendo una abundante bibliografía sobre el asunto, ensayando explicaciones y sugiriendo medios de solución.

Por desgracia, se comete casi unánimemente el error de diagnosticar el mal por sus variadas manifestaciones exteriores, aconsejar procedimientos de curación que si bien son, con frecuencia, lógicos y buenos, no pasan de ser lenitivos que no pueden curar el mal de raíz.

Unos desprestigian a la democracia y al régimen liberal o a la organización capitalista. Otros no ven mayor enemigo que el socialismo comunista, poniendo más atención en el programa económico y social que en su contenido metafísico.

“El mundo nacido del Renacimiento y de la Reforma, dice Maritain, es asolado por energías poderosas y a decir verdad monstruosas, donde el error y la verdad se mezclan estrechamente, se nutren el uno del otro; verdades que mienten y mentiras que dicen la verdad”.

Son las menos aquellas que han buscado y encontrado las raíces más profundas y duraderas del mal, en el espíritu atormentado del hombre y en las desviaciones de ese espíritu.

Ahí está, según algunos y yo me honro colocándome entre ellos, el verdadero cáncer que aflige la humanidad contemporánea. En extirparle, está la verdadera sabiduría y la más segura medida de salud.

Gracias al desarrollo portentoso de la ciencia y particularmente de la técnica, el hombre ha progresado en los últimos tiempos, como en ninguna otra época de la historia, poniéndose en condiciones incomparables para el desarrollo de su personalidad.

Al mismo tiempo esta personalidad se ha desarrollado, con perspectivas cada vez más amplias, en el horizonte de sus posibilidades materiales e intelectuales.

El hombre se ha encontrado a sí mismo. Pero esto ha sido en una forma parcial, unilateral; y esta es la causa de su tragedia actual.

Se ha considerado el centro del universo, causa y fin de todo cuanto está al alcance de su conocimiento, de su esperanza y de su acción. Es así como, según Maritain, se ha formado y desarrollado un humanismo antropocéntrico, exclusivamente humano que, con otros factores, constituye la causa metafísica de su lamentable caos. Ha olvidado que es una creatura cuyo destino está sujeto a una ley superior, dentro de la cual puede dignamente desenvolver y ejercitar su libertad. El individuo, o mejor dicho el individualismo ha adquirido, así, proporciones monstruosas y perjudiciales.

El espíritu humano se ha concentrado en el mundo y ha dejado de elevarse más allá del Sol y de las estrellas. Se ha preocupado más de las cosas de la materia y de la carne que de su propia sustancia inmortal. Es así como el hombre se ha desespiritualizado o lo que es lo mismo, se ha materializado, a pesar del considerable desarrollo de su inteligencia. Por esto es lógico que solo busque su bienestar material sin fijarle límites, que adore el vellocino de oro, que busque sin freno el goce de los sentidos, que cree el mito del super-hombre y del super-Estado, que sienta una insaciable sed de dominación y prepotencia en lo individual y en lo colectivo y que adopte los más repugnantes métodos de violencia física y moral.

Este es el cuadro dentro del cual se libra la más terrible batalla de los siglos, la lucha de clases, en la que el mundo es a la vez actor y espectador. Lucha de destrucción en la que el proletariado socialista declara con toda claridad que pugna por su causa, por mejorar sus condiciones de vida, por intervenir con más poder en la organización y gobierno sociales; el socialismo comunista por la dictadura del proletariado; y las clases burguesas luchan también, pero encubriéndose bajo el manto de principios elevados, “invocando el nacionalismo, la seguridad del Estado, los valores de la civilización, de la libertad y, lo que es más triste, los valores mismos de la religión” (1).

Tal es la lucha que en gran parte, casi podríamos decir en parte principal, es causa y efecto del humanismo antropocéntrico de que nos habla Maritain y que conmueve al mundo al través de una crisis que reviste el triple aspecto de social, económica y moral.

(1) Nicolás Bordaieff: El cristianismo y la lucha de clases.

Felizmente y para nuestra salud, brilla una luz que siempre ha existido en la conciencia de la humanidad y que ha de iluminar al fin, sus pasos, por el camino definitivo.

Desde los tiempos más remotos, bajo todas las civilizaciones y todas las barbaries, en medio de luchas, triunfos y tribulaciones, el hombre ha llevado en su conciencia o en su subconciencia una misma fuerza o un mismo impulso que se ha hecho sentir bajo todos los climas y en todas las razas.

Es un sentimiento de dignidad adormecido pero viviente hasta en el esclavo más abyecto. Sentimiento alimentado por la intuición de que existe una igualdad fundamental entre todos los hombres, en razón de su origen y de su fin último; fortalecido por una aspiración inherente a su naturaleza, hacia la libertad.

Por ese sentimiento guiado, el hombre, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, por los senderos sinuosos de la historia, busca una regla de derecho fundamental que es a la vez regla moral y que, sin convenios ni entendimientos previos, resulta una norma y una guía para toda la humanidad.

Esta universalidad de una idea elevada de dignidad y de justicia, constituye una prueba más de la unidad de la especie humana y de la identidad de su espíritu, creado por Dios.

“A la busca universal, por las naciones y los Estados de las formas de un nuevo régimen, corresponde estrechamente —dice el senador polaco Targovski (2) el deseo subconciente de la humanidad de volver a encontrar el monismo de normas morales, perdido en el dédalo de los problemas de orden material y moral. Se trata, pues, de volver a encontrar el verdadero ritmo de la existencia, ese ritmo que permitirá al individuo vivir plenamente su vida sin que para esto deba agredir a su prójimo”.

Para llegar a este resultado, Targovski recomienda “permanecer en los cuadros de la tradición que es la expresión de la obra espiritual de las naciones”, pero no nos dice a qué clase de tradición se refiere pues no todo lo que lleva tal nombre merece conservarse y porque la marcha de la civilización exige continuamente cambios que son a veces completos en las cosas contingentes.

El legislador polaco no se atreve a decir, quizá no ha deseado decirlo, que la tradición necesaria está en el orden de lo trascendente. Y queda

(2) José Targovski: “Tradición y revolución en el ritmo de la vida”.

así explicado, porque, más tarde, asegurará que para que el hilo de la tradición no se rompa y para atenuar la agresividad en las relaciones entre individuos, “es necesario reforzar la idea del Estado y fijar su forma”. Con lo que nos parece vislumbrar una tendencia de índole fascista.

Ciertamente que no está en el reforzamiento de la idea del Estado ni en la forma del mismo, donde hemos de encontrar la solución del problema.

Una y otra cosa son accidentes variables en el tiempo y también por razón del lugar y de la composición y cultura de los pueblos.

La solución está en el reino del espíritu y en el orden de ciertos principios inmutables y eternos, anteriores a la voluntad del hombre, que han seguido a éste, como parte integrante de su conciencia, al través de todas sus vicisitudes.

Esos principios están *contenidos* en las bases fundamentales del cristianismo. En ellas está el monismo de las normas morales básicas a que alude con tanta imprecisión el citado Targovski.

Esas bases o normas se encuentran, en forma más o menos desarrolladas, en el hombre, desde los tiempos más remotos, anteriores al advenimiento del Mesías. En ningún caso han desaparecido por completo, aún cuando se hayan tergiversado o atenuado por la desviación humana, bajo el paganismo, en la barbarie o en la vida de los pueblos salvajes.

“La existencia de un Dios, Creador Omnipotente de todas las cosas, juez sabio y justo de todos los hombres” (3).

La calidad del hombre dotado de un alma espiritual e inmortal, beneficiado por el Creador de dones de cuerpo y de espíritu, verdadero “microcosmos” que vale más que todo el mundo inanimado, dotado por Dios de múltiples y variadas prerrogativas; entre ellas el derecho a la vida a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios para la existencia, a la asociación, a la propiedad, derecho a tender a su último fin en el camino trazado por Dios. (4).

El hecho de un igual origen y la existencia de un padre común que está en los cielos, traen como consecuencia el deber de paz, fraternidad y justicia entre los hombres y entre los pueblos. Principios todos que tienen un magnífico contenido de dignidad humana a bases de libertad, igualdad y fraternidad bien entendida y fundamentan el reinado de la justicia social en el mundo.

(3) Encíclica “Divini illius Magistri”, 31 Dic. 1929.

(4) Id., id., id.

Esa paz y esa justicia podrían ser impuestas por los gobiernos. Pero nunca serán completas y duraderas mientras su espíritu no compenetre las conciencias, como un mandato de Dios.

## II

De lo dicho se desprende el contenido eterno del Cristianismo y la convicción de que cuando se le sienta y se le practique, por los hombres, sincera y lealmente, se habrá conseguido en él la mejor garantía de justicia social.

El pastor Herron, de Jowa, ha insinuado que las doctrinas de Jesús fueron menos teológicas que sociales. <sup>(6)</sup>.

Otros, en cambio, sostienen que el catolicismo social no es más que una derivación artificiosa del dogma al que se trata de ataviar con el ropaje de moda.

Nada más injusto e inexacto que ambas afirmaciones, tan contrarias, por otra parte, una de la otra.

La prédica de Jesús fué siempre hablando de Dios, en cuyo nombre, siendo Dios mismo, se dirigió a las almas para salvarlas y dictarles su ley moral. "Mi reino no es de este mundo", "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás os será dado por añadidura". Estas fueron palabras suyas; y la prédica de su vida toda así como la lección de su sacrificio supremo, tendieron sin interrupción a elevar las almas, sobre las cosas perecederas de la tierra, hacia el Padre que está en los cielos y a dictar normas de virtud y desprendimiento, en la tierra, para merecer la recompensa eterna.

Nadie que medite sobre las enseñanzas evangélicas, sin espíritu tendencioso, podrá dejar de reconocer su carácter esencial y exclusivamente religioso. Pero esta verdad no justifica el negar al cristianismo un contenido y un alcance sociales que pueden expresarse en normas de conducta temporal, rigurosamente lógicos en relación a las normas puramente religiosas.

Teodoro Reinach se pregunta si será cierto que el movimiento cristiano fué, en último análisis, un movimiento social que haya tenido por origen verdadero la miseria de los tiempos y de los medios en que se produjo. Y el mismo se contesta: "La piedad de Jesús no va únicamente a la miseria y a la desnudez; ella se refiere a la naturaleza toda entera, con todas sus taras y todas sus debilidades, a la enfermedad como a la miseria, al pe-

(5) Teodoro Reinach: "Religions et Sociétés".

cado más todavía que a la miseria y a la enfermedad; ella es pues, en su esencia, no social sino propiamente religiosa. No solamente es ella, así, más amplia y más profunda que el sentimiento social sino que, en tanto que se identifica a éste, por el llamado que hace a la caridad, a la fraternidad, a la unión de los espíritus, a la concordia de las almas, ella no plantea el problema social sino que lo suprime" <sup>(6)</sup>.

Lo suprime, si todo el mundo cumpliera, en su letra y en su espíritu, con los preceptos religiosos; pero no sucediendo así, surge de esos mismos preceptos una doctrina que orienta, organiza e ilumina la vida corporal del hombre, en lo individual y en lo social.

Así, por ejemplo, afirma Berdaieff que la conciencia cristiana debe condenar bajo el punto de vista religioso y moral, la explotación del hombre por el hombre, de la clase por la clase y debe tomar la defensa de los explotados; porque la fe cristiana enaltece la personalidad, el alma humana y por consiguiente no puede dejar de condenar un régimen de vida bajo el cual esa personalidad, esa alma se encuentre convertida en un simple medio del inhumano proceso económico. <sup>(7)</sup>.

Tal ha sido la tradición cristiana que solamente la imperfección del hombre ha podido falsear en el transcurso de los siglos.

La Iglesia, como tal, ha sido fiel a dicha tradición, aún cuando ciertas circunstancias, ajenas a ella, hayan podido sugerir una apreciación contraria.

"La palabra Iglesia, nos dice Maritain, designa el Cuerpo místico de Cristo a la vez visible en su configuración social y divino en su alma y cuya vida propia es de orden sobrenatural. Sucede que el mundo temporal cristiano haga remontar, no ciertamente hasta el corazón de la Iglesia, sino en regiones más o menos extensas de su estructura humana, impurezas que vienen del espíritu del mundo: la ebriedad de la magnificencia y de la virtud durante el Renacimiento, del espíritu burgués en el siglo XIX. Entonces, y porque las puertas del Infierno no pueden prevalecer contra ella, vienen las purificaciones. Los Santos reclamaban en vano desde hacían tres siglos la reforma de la Iglesia, cuando llegó la gran tempestad luterana. <sup>(8)</sup>.

Con esta reserva, no es posible negar la continuidad y la unidad de la Iglesia en su intento de orientar la vida del hombre y de los pueblos dentro de los principios evangélicos que son el fundamento del cristianismo.

(6) Teodoro Reinach: op. cit.

(7) Nicolás Berdaieff: El cristianismo y la lucha de clases.

(8) Jacques Maritain: "Humanismo Integral".

Observada en la historia, con una tradición que se remonta a los orígenes humanos, aún cuando su carácter actual comienza con la consagración de San Pedro hecha por el divino Maestro, la Iglesia se nos presenta como una institución estable en sus caracteres fundamentales.

Pero ha sabido adaptarse a las exigencias de los tiempos y de las costumbres, sin transigir en sus normas eternas, mostrando a los hombres la luz de un ideal elevado y actuando en el sentido de su mandato, para aliviar la vida de los hombres.

Por su fuerza moral y sin rebelarse contra el Imperio romano, libró los esclavos y dignificó a la mujer; socavó más tarde el rigor del absolutismo, atenuando progresivamente el poder de los déspotas, tratando siempre de aliviar la suerte de los débiles. Es indudable que ha dirigido en todo momento la marcha de la civilización, en cuanto le ha dictado reglas de moral e inspirado las más nobles de sus instituciones. (9).

Es verdad que no siempre y en todo lugar, sus representantes del clero han estado a la altura de su alta y sagrada misión. Basta recordar los tiempos de Abelardo y las reformas que se consideró obligado a sostener San Vicente de Paul en el clero de Francia. Pero estas desviaciones, explicables en creaturas humanas y que, por otra parte, han sido parciales y transitorias, no alcanzan a la Iglesia, la que, como tal, jamás se ha desviado de su misión evangélica.

### III

Considero necesario insistir en la necesidad de una influencia activa de la Iglesia en el terreno de la organización social, así como respecto a la naturaleza especial de esa acción.

Glosando el Código Social de Malinas, recordaré que el catolicismo no es un sistema científico, ni político, ni económico, sino una religión que ve en el hombre, ante todo, una conciencia que tiene en sí su valor, su dignidad intrínseca y personal, independientemente de los medios políticos, económicos y sociales.

“Pero el Catolicismo no se limita a la santificación de los individuos, de las conciencias individuales; abraza también, en un orden sobrenatural y divino, los cuadros sociales y las instituciones públicas”.

Esto dice el mencionado documento y después de observar que el reinado social de Jesucristo no se realiza con meros actos exteriores, como el

(9) L. Laberthonnière: “*El Catolicismo y la Sociedad*”.

de la consagración oficial de un país o la incorporación de la imagen santa en el escudo o la bandera, agrega textualmente:

“El verdadero reinado social de Jesucristo existe cuando su santa ley de justicia y de amor penetra en todos los organismos sociales. El trabajo, el buen trabajo, consiste precisamente, en nuestros días, en hacerla penetrar en ellos por los medios más dignos y también más adaptados al estado de los espíritus, a su flaqueza y a sus posibilidades. No hay en eso ambición, ni rivalidad, ni intromisión, sino el cumplimiento de una misión, que respeta la autonomía y la función legítima de los demás organismos y que sólo aspira a impregnarlos, cada vez más, del espíritu de justicia y de caridad”. (10).

Esta ha sido la prédica constante de la Iglesia, por la voz de sus Pontífices y de sus Santos.

No es, pues, justo el cargo que le hace Berdaieff cuando dice que en su ser histórico exterior ha parecido mantenerse extraño a la metamorfosis que ha sufrido el mundo y que parece no haber observado que el antiguo estado patriarcal ya no existe y que han surgido relaciones sociales enteramente nuevas. (11).

Este error podrá atribuirse a la cristiandad, considerada en su conjunto y me inclino a creer que, en esa dirección, el reproche es justo, a pesar de las excepciones que, en muchos lugares y en todos los tiempos, han existido.

Si el señor Berdaieff ha querido referirse a la época actual, a la que podríamos llamar “del capitalismo y de la lucha de clases”, su observación parece ser más injusta todavía.

Para confirmar lo que digo, basta con leer las encíclicas de los últimos Pontífices, a partir de León XIII y hasta de Pío IX, es decir desde que comenzó a poderse vislumbrar la gravedad de los problemas que podía traer el régimen:

No estamos de acuerdo con algunos escritores católicos cuando, pretendiendo defender o justificar al catolicismo, enumeran pastorales, sermones y obras de alcance social y mencionan iniciativas que parecen demostrar la prioridad de tiempo en la proposición o realización de algunas reformas sociales reclamadas por la época.

Todo esto es indudable, pero no basta para la justificación que se intenta; y el hecho es cierto que, a pesar de las encíclicas, las pastorales

(10) Código Social; esbozo de una doctrina social católica - Malinas.

(11) Berdaieff: “*El Cristianismo y la lucha de clases*”.

y las iniciativas, la obra reformativa social de los católicos ha sido extraordinariamente débil y reducida frente al vigor y la amplitud de lo realizado en el mismo terreno por otras escuelas y tendencias. Su actuación ha sido en general más verbal y escrita que en el terreno de los hechos sociales.

Por eso quizá, S. S. Pío XI ha creído conveniente recordar al clero del mundo en su encíclica *Divini Redemptoris* las palabras del Apóstol Santiago: "Sed obradores de las palabras y no simples auditores, engañándoos a vosotros mismos".

Con esto, según me parece, ha querido el Pontífice ratificar su consejo de que debe ser paralelo y hasta simultáneo el cuidado del cuerpo con el del alma, no porque se dé igual importancia a ambos, sino en vista de la indudable acción refleja del uno sobre el otro. Y esto en lo individual como en lo colectivo o social.

Al decir "el cuerpo", me refiero a las condiciones materiales de la vida, al régimen económico y social de las colectividades humanas.

Está en la base de esa preocupación, el ejercicio de la justicia y de la caridad. Durante mucho tiempo no se ha hablado y practicado más que lo segundo con una débil atención por lo primero. Hay en esto un error. No se puede ser caritativo si no se comienza por ser justo. La justicia consiste en dar a cada cual lo que le es debido y constituye un derecho al mismo tiempo que un deber. La caridad es el don de lo que no se debe, según el concepto pagano; pero constituye, para el cristiano, un deber tan grande como el primero.

En este doble deber de justicia y de caridad inspirado por un sentimiento que se eleva hasta la divinidad, está la belleza moral más grande del cristianismo y su tendencia especial, cuando se le practica con fidelidad, favorable a los pobres, a los trabajadores y a los humildes.

"Si tú quieres ser perfecto vende tus bienes y sígueme" fueron palabras de Jesús, según San Mateo. <sup>(12)</sup>.

Frente a dos ricos, contestó a uno de ellos que le preguntara lo que debía hacer para cumplir con la Ley y con los Profetas: "Ve, vende tus bienes, repártelos entre los pobres y ven, sígueme". Pero como el consejo no agradara al rico, Jesús agregó: "¿Cómo puedes decir que has cumplido con la Ley y los Profetas? Porque está escrito en la Ley: Amarás a tu prójimo como a tí mismo y he aquí que muchos de tus hermanos están cubiertos de estiércol y mueren de hambre, mientras tu casa desborda de bienes sin que nada les llegue" <sup>(13)</sup>.

(12) San Mateo XIX, 16.

(13) Referencia de Teodoro Reinach: "Religiones y sociedades".

San Pablo puso siempre el mayor empeño en la rehabilitación del trabajo manual, tenido en menos en su época más que en la actualidad. "Cuando estaba entre vosotros, escribió a los cristianos de Tesalónica, os dí este precepto: "que aquel que no quiera trabajar no tenga que comer". Deseo deciros, ahora, que hay entre vosotros quienes no se conducen convenientemente, que no trabajan y viven ociosos; a estos les ordeno y prescribo, en el señor Jesucristo: que trabajen para comer su pan) tranquilamente".

Clemente de Alejandría, en su "Pedagogo" ha expresado ideas que tienen el concepto de la propiedad privada, pero limitada por la justicia social y la caridad. Declara que Dios creó la especie humana para que todas las cosas fuesen comunes entre los hombres; les ha hecho participar a todos de su Hijo, les ha comunicado a todos su Verbo; he creado todas las cosas para todos. Todas las cosas son, pues, comunes y los ricos no deben tener privilegio. "Se oye decir", "tengo bienes, nado en la abundancia; ¿por qué no viviré en las delicias?". Estas palabras no son humanas, no, son *sociales*. Lo que está de acuerdo con la caridad, es decir: soy rico ¿por qué no haré aprovechar de mis riquezas a los que no lo son? El que así habla es perfecto, observa el precepto (amarás a tu prójimo como a tí mismo). Yo sé que Dios nos ha dado el poder de usar de sus dones; pero solamente hasta lo necesario y él ha querido que su uso fuese común. Es ciertamente algo absurdo ver a un hombre viviendo en las delicias mientras otros son miserables".

Pero es una tarea muy extensa e innecesaria, en esta oportunidad, demostrar con las citas de los santos, Pontífices y doctores de la Iglesia, desde la prédica de Jesucristo hasta la época moderna, la tendencia uniforme de la misma en el sentido de aconsejar moderación en el uso de las riquezas, en la vida de los sentidos y en el de exigir la práctica de la caridad y de la justicia principalmente hacia los que nada tienen o tienen poco, hacia los desgraciados y los que sienten hambre y sed de justicia. Y todo por un mandato superior, divino, que idealiza en el cristiano esa tendencia y esa conducta, dándole un sentido de alta moral religiosa.

Confieso que durante algún tiempo fuí un adepto a las ideas solidaristas de las que León Bourgeois fué un brillante expositor. "Todos nacemos siendo deudores y acreedores de la humanidad. Deudores, por todo lo que de herencia, de vida y de civilización recibimos de los que nos han precedido. Acreedores, por el sólo hecho de nacer sin haberlo solicitado. Esto justifica y obliga la solidaridad entre las generaciones presentes y las que le han precedido y las que les sigan, así como entre los diversos individuos de una misma generación".

Pero hace tiempo que he llegado a convencerme que este razonamiento de contabilidad, con cierto contenido de verdad, es demasiado frío y materialista y que es mil veces menos elevado, que el de la caridad cristiana fundada en el hecho de la Creación, de la existencia de una fraternidad espiritual y en un fin común y ultra terreno para todos los hombres..

En los tiempos modernos, la Iglesia ha denunciado la injusticia del régimen capitalista, exigiendo su rectificación así como una acción de los católicos en ese sentido.

Precedido por la prédica y la acción de eminentes católicos de diversos países, el Pontífice León XIII en su Encíclica *Quod Apostolici* comenzó, en el primer año de su gobierno y en vida de Carlos Marx, a exhortar a la cristiandad para que se interesase activamente en mejorar la situación de los obreros, propiciando la creación de los sindicatos o asociaciones gremiales.

Es bien conocida la notable encíclica *Rerum Novarum* como son también conocidas las encíclicas de los pontífices que le han seguido hasta el presente y que se relacionan con esta materia.

Pero, como he dicho antes, si esta ha sido la prédica constante de la Iglesia y el ejemplo de sus fundadores y sus santos, no ha correspondido a tales ejemplos y enseñanzas, en la medida de lo necesario, la actitud del mundo cristiano, habiendo sido también insuficiente en general la acción del mismo clero.

Berdaieff afirma que la conciencia cristiana parece estar en retardo respecto a los procesos sociales y culturales que se vienen realizando y exagera cuando encuentra una prueba de la decadencia vivida por el cristianismo en la historia moderna, "en esta ausencia de energía creadora".

"Las predicaciones de la Iglesia, exhortándonos a resolver la cuestión social por la misericordia y la beneficencia, pueden a veces, a pesar de su retórica —dice el mismo autor— ablandar los corazones endurecidos, pero son hoy sobrepasados por los hechos y no responden a las exigencias de la lucha actual en favor del derecho social; son las voces de un pasado extinguido" (14).

La misericordia y la beneficencia tendrán siempre su razón de ser y su grandeza moral y en cuanto a la Iglesia ya hemos visto como tiene un contenido y ha formulado un programa de justicia social.

Pero es indudable que lo dicho por Berdaieff tiene alguna parte de verdad.

(14) Berdaieff: "El Cristianismo y la lucha de clases".

En muchos sectores eclesiásticos y durante un tiempo prolongado, se ha sentido una tolerancia demasiado pronunciada por lo que pudiéramos llamar las fuerzas dominantes y opresoras, una dedicación demasiado exclusiva al orden espiritual y una prédica unilateral en el sentido de la resignación por los humildes y del ejercicio de la beneficencia por las clases más acomodadas..

Esta deficiencia ha sido aprovechada ventajosamente por el socialismo hacia el cual corrieron las masas, evadiéndose de las filas y del control del cristianismo.

El mismo Maritain, de cuya ortodoxia no podemos dudar, parece haber reconocido este hecho.

"Debe deplorarse, dice, el hecho que en el orden de lo social considerado del punto de vista de lo social mismo y de las actividades de la civilización terrestre, el sitio que el socialismo ha encontrado vacante y ocupado enarblando grandes errores, no haya sido ocupado, invocando una filosofía social fundada en verdad, por fuerza de inspiración cristiana, dando la señal de la emancipación del trabajo" (15).

Este mismo filósofo al preguntarse por qué el pensamiento comunista constituido en la segunda mitad del siglo XIX ha comprometido energías de origen cristiano en una ideología atea, cuya estructura inteligible se ha vuelto contra las creencias cristianas, emite la opinión de que, en el origen y ante todo *por la falta de un mundo cristiano infiel a sus principios*, se encuentre un profundo resentimiento contra el mundo cristiano; y no solamente contra éste sino contra el cristianismo mismo que trasciende del mundo cristiano y que no debiera ser confundido con él" (16).

Hay que reaccionar, pues, contra estos errores y exagerada inercia.

Una ola materialista invade y envenena el espíritu del mundo y al cristianismo incumbe la tarea de contrarrestarla y de vencerla.

Creo que se pierden muchas energías y se malgasta el tiempo, en atribuir a las formas políticas y de gobierno y a ciertos principios generales, la causa de nuestros males mayores.

¿A qué tanto declamar contra la democracia? ¿A qué vituperar los principios de libertad, igualdad y fraternidad que en sí mismos y bien entendidos, pueden ser aceptados y profesados por un católico, sin perjuicio ni agravio para su fé?

No son las formas ni las fórmulas ni el continente exterior, ni las palabras lo que debe reformarse. Es el fondo, el contenido, que deben

(15) Maritain: "Humanismo Integral".

(16) Maritain: "Humanismo Integral".

modificarse cambiando el escepticismo por la fé, el odio por un sentimiento sincero de amor y de paz, la violencia y el egoísmo por la convicción y por la fraternidad predicada por Jesucristo.

Anatole Leroy Beaulieu considera que es posible que las naciones puedan realizar todas las aspiraciones democráticas, sin romper con la religión ni la tradición cristiana, antes por el contrario, con la ayuda de la religión y del cristianismo.

Se vislumbra ya esto, dice, a fines del siglo XVIII, en la época de la Revolución, porque los Papas León XIII y Pío IX no han sido los primeros Pontífices que han tenido la intuición de estas cosas. Los católicos tienen el derecho de recordar el mensaje que en 1797 dirigió el Cardenal Chiaramonti, Obispo de Imola y dos años después Pontífice Pío VII, a los fieles de la Cisalpina. "Sed buenos cristianos, les decía, y seréis buenos demócratas" (17).

"La Iglesia católica, ha dicho Monseñor Ireland, Obispo americano, no teme la democracia, esta efervescencia de sus principios más sagrados de igualdad, fraternidad, de libertad de todos los hombres, en Cristo y por Cristo" (18).

Los que aman a los gobiernos absolutos y personales, oigan estas nobles palabras de Monseñor Keane: "Por mi parte, dice, confieso francamente que, cuando recorro la historia y considero cómo César ha tratado la religión y la Iglesia, en el pasado, afronto con confianza el porvenir en el que no tendremos que tratar más con él sinó con el pueblo que, casi siempre, cuando está en su juicio, reconoce que la Iglesia es su mejor amiga y que sus intereses son los suyos" (19).

Hay que terminar de una vez con esa estéril lucha literaria que complica las cosas y perturba las conciencias, e ir directamente al ataque, con armas de cristiano, de los males graves del momento.

Es necesario que la humanidad vuelva a inspirarse en las fuentes puras del Cristianismo y que toda su civilización, sin detener su progreso material, esté fundamentada en sólidos principios morales.

Para ésto, es indispensable la lucha activa contra la miseria, tratando que la organización del mundo no la produzca crónicamente, en las proporciones actuales.

Estoy de acuerdo con Maritain cuando afirma que lo social, lo político y lo económico interesan a la vida eterna. "El problema de la miseria,

(17) Leroy Beaulieu: "Le Cristianisme y la Democratie".

(18) Cita de Max Turmann.

(19) La mission providentielle de León XIII, por Max Turmann.

dice, es una cuestión temporal pero es también una cuestión de vida eterna".

Y tiene razón. Malo es el terreno de la miseria para que en él se propague la semilla de la virtud.

No basta aconsejar resignación al miserable si se tolera la injusticia del poderoso; injusticia que, a veces, está escondida bajo un manto fari-saico de aparente caridad.

Creo firmemente que si se consiguiera hacer penetrar en la conciencia de todos los hombres un sentimiento sincero de justicia y de caridad, lealmente llevados a la práctica, la humanidad estaría salvada. Porque su peor crisis es de carácter moral.

Y digo justicia y caridad en vez de decir caridad y justicia, no porque considere más importante a la justicia que a la caridad; sinó porque es necesario comenzar por ser justo si se quiere comenzar a ser caritativo.

Algunos millonarios norteamericanos han repartido en vida millones para obras buenas. Pero estos millones han salido de otros, más numerosos, que a menudo costaron lágrimas, dolores y miserias a los semejantes.

Es por estas y otras razones que los Pontífices, los preladados y un gran número de católicos eminentes aconsejan y en ocasiones mandan a los creyentes, como un deber religioso, el preocuparse por la acción social en el sentido de la justicia social y de la previsión social, impregnadas e inspiradas por el sentimiento cristiano de la caridad.

Una función principal en el cumplimiento de tan sagrado y humanitario deber, corresponde a los sacerdotes. ¿Quién otro, mejor que ellos, tiene o debe tener los fundamentos morales y los medios adecuados, en virtud de su mismo estado sacerdotal?

El sacerdote jesuíta A. Vermeersch en su "Manual Social" advierte al sacerdote que si deja a otras manos el monopolio de las *formas nuevas* de la beneficencia y de la cultura moral, para esconderse y hacerse olvidar en la sacristía, favorecería voluntariamente el divorcio total de la vida moderna con la fé en que ella debe encontrar su fuente. Observa que los mismos hechos han hablado con harta elocuencia y que "la organización descuidada por el sacerdote, se ha realizado más de una vez fuera de él y contra él" (20).

El pontífice Benedicto XV dirigió en Febrero de 1920 al obispo de Bérghamo una carta en la que, entre otras cosas, le decía: "que ningún

(20) A. Vermeersch, S.J.: "Manual Social. La législation et les oeuvres en Belgique".

miembro del clero se imagine que semejante acción (acción social) es extraña al ministerio sacerdotal, bajo el pretexto de que conduce al terreno económico; basta que, sobre este terreno, la salvación de las almas esté en peligro. También queremos que los sacerdotes consideren como una de sus obligaciones consagrarse lo más posible a la ciencia y al movimiento social, por el estudio, el control y la acción y colaborar por todos los medios que, en este terreno, ejerzan una sana influencia en vista del bien general".

Ya, antes, León XIII había dicho: "la acción democrática cristiana no debe ser considerada como una cosa nueva; ella es tan antigua como los preceptos y las enseñanzas del Evangelio" (21).

El mismo pontífice en su encíclica *Rerum Novarum* creó para los católicos y muy particularmente para el clero un nuevo deber: ellos deberán trabajar sin descanso y por todos los medios que puedan estar a su alcance, para hacer mejor la situación de aquellos que reciben un salario, recordando también a quienes emplean al obrero cuales son las obligaciones que la ley de Dios les impone a este respecto.

Podría multiplicar las citas de los pontífices, altos jerarcas de la Iglesia y eminentes católicos, en el sentido de la necesidad y del deber del clero para que se preocupe, con un carácter principal y urgente, del estudio de los problemas sociales y de la acción social. Como consecuencia de esto ha habido un amplio movimiento de acción social católica, en gran número de países, en cuyo detalle no puedo entrar en esta oportunidad. En muchas partes se ha extendido la convicción de que es posible agregar a las obras religiosas, propiamente dichas, las obras sociales que tienen por objeto los intereses temporales de los hombres. "¿Cómo no sería posible esto, sabiéndose que la salud de las almas tiene una estrecha relación con la salud temporal de las sociedades?" (22).

Claro está que parece redundancia decir que el estudio es indispensable para todo aquel que pretenda realizar una obra fecunda de reforma social.

No siempre es posible, tal es la rapidez con que se presentan los acontecimientos humanos, realizar estudios cuando la acción se impone con urgencia imperativa. En estos casos el estudio debe realizarse simultáneamente con la acción.

De todos modos, es indudable la extraordinaria importancia que tiene para una eficaz realización del apostolado social de la Iglesia, la formación social del clero, desde los Seminarios; en este sentido conviene

recordar las instrucciones enviadas por el gran pontífice León XIII a los obispos de Italia en su encíclica del 8 de Diciembre de 1902.

En este sentido puede decirse que un sacerdote y especialmente un cura, no cumple por completo con su deber si se reduce exclusivamente al desempeño de la función espiritual que no es suficiente, en el momento actual del mundo.

Es tan grande la misión apostólica del cura, ejercida en el terreno de las obras sociales, como la que realiza en la Iglesia y en la sacristía. Por eso alguien ha dicho que el sacerdote moderno es el sacerdote de las obras.

Para estar preparado en forma que se asegure la eficacia de su misión, es necesario que los estudios teóricos estén acompañados de los detalles prácticos que sea posible enseñar dentro y fuera de los seminarios. Deseo referirme particularmente al cura de campaña cuya misión, importante en todas partes, tiene un carácter más trascendental en países agrícolas como el nuestro.

En mi libro "La Redención por la Mujer" he descrito el cuadro, real a la vez que sombrío, de la vida y del trabajo de nuestras poblaciones rurales.

El analfabetismo que es fuente de tantos males para el cuerpo y para el alma, la ignorancia de los conceptos más elementales de la vida, el individualismo exagerado por la lucha contra diversas causas parasitarias y por la dilución de una población escasa en un territorio inmenso, la falta de higiene, las habitaciones malsanas e insuficientes, la herencia de enfermedades como el paludismo, la avariosis y la tuberculosis, la insuficiente o inadecuada alimentación y otras cosas, son causas que enjendran una miseria moral y económica que permanece crónica en nuestro país. Este estado social y económico repercute intensamente en lo moral y recíprocamente la falta de una conciencia moral dificulta la realización de un esfuerzo mejorativo.

Siempre me asombro de la ignorancia que existe o que parece existir en nuestras grandes ciudades argentinas de esa situación rural que es tal como la describo y que si bien tiene matices atenuados en las regiones del litoral, toma caracteres que entristecen y asombran a medida que el observador se interna hacia las provincias del interior.

Es tan grande la obra que hay que realizar para mejorar estas cosas, que no bastan los esfuerzos educativos e higiénicos de las autoridades nacionales y provinciales. Nada se obtendrá con ellas si no se realiza por la enseñanza y por la acción ejemplar un trabajo intenso, en cada localidad,

(21) Instrucción, Sagrada Congregación, Asuntos Eclesiásticos. 1º de Oct. 1901.

(22) Eugenio Julien, Obispo de Arras: "El Evangelio Necesario al Orden Social".

en cada parroquia rural, en cada familia campesina. Y al decir familia debo observar que ésta casi no existe, con los caracteres de la familia cristiana y civilizada, en inmensas superficies del territorio argentino. Se ve, por esto, la grande misión que debe corresponder al cura de campaña en la tarea de redimir a las poblaciones rurales del país, de sus miserias morales, sociales y económicas, mediante su acción autorizada y constante. No bastan para ello los sermones ocasionales, los bautismos, confirmaciones y casamientos improvisados, ni otro actos religiosos que, aunque buenos y hasta necesarios, no están caracterizados por una convicción ni una fé íntimos y que, además, no alivian en lo mínimo a esas pobres gentes, de su pesada tribulación temporal.

“Para ser escuchado por las almas, decía Monseñor Julien, es necesario que el apóstol comience por prestar atención simpática a las aspiraciones actuales de las personas y a sus intereses inmediatos”. “No basta construir una sala a guisa de capilla para constituir un organismo parroquial, es el sitio y el momento de las Obras: es la hora del sacerdote moderno”. (23).

Es grande, noble y bella la obra civilizadora a la vez que moral, que está reservada al sacerdote en nuestros campos.

Iniciador y guía en la obra del embellecimiento de la vida de la familia rural, iniciador y guía de la pequeña mutualidad, de la asociación, de la cooperativa, de las diversiones honestas que amenicen la existencia y retengan a la familia agricultora en el campo; por este camino de la vida temporal podrá penetrar más fácilmente en el alma del campesino y conquistarla para la vida eterna. Yo quisiera para mi país un cura rural como describe monseñor Julien al cura de Francia, que hace parte del paisaje tanto como la Iglesia y el campanario, que está arraigado en su aldea, que no es un extraño y que a veces ha nacido en el lugar mismo donde ejerce su misión.

“El cura de campaña, decía, es el ejemplar más común y más representativo del sacerdote francés. No hay figura más popular que la suya y que sea a la vez más real y más ideal”.

El jardín de un cura es todo un mundo; no solamente legumbres sino árboles frutales, flores, abejas. Un cura buen jardinero, no puede dejar de ser un buen cultivador de almas. Respetará las estaciones litúrgicas como las estaciones climáticas.

Muchos ejemplos puedo presentar, como dignos de ser imitados en la obra social y económica que, en el terreno rural, han realizado, en diver-

(23) “Le Prêtre” Monseñor E. L. Julien, Obispo de Arras.

sos países, los sacerdotes, hasta un grado en que ha podido afirmarse que por su acción se ha mejorado las condiciones de vida y de trabajo de gran número de agricultores, al mismo tiempo que se ha elevado su nivel moral y religioso.

En Bélgica es debido al clero la extensión que han tomado en las zonas rurales las asociaciones agrícolas de todas clases. Ordinariamente ha sido el cura local quien ha fundado o inspirado las instituciones sociales y económicas, contando con su acción tutelar y dirigiéndolas en muchas ocasiones.

El mérito de la organización de estas fuerzas (las asociaciones agrícolas) declara el Sr. Luis Varlez (24), corresponde sobre todo al clero. ¿Quién mejor que él podrá crear un movimiento de este género? El cura, libre de las preocupaciones del hogar doméstico vive en cada aldea, conoce cada parroquiano, ejerce y debe ejercer por profesión la abnegación; su acción constante, única e ininterrumpida es de hacer reinar la paz y la concordia en su grey; siempre posee ese minimum de conocimientos generales indispensables para la creación de obras sociales”.

Por su parte el señor Max Turmann, en su obra clásica “Las Asociaciones Agrícolas en Bélgica”, recuerda la sorpresa que sintió el día en que, a principios de su encuesta a través de la campaña belga al interrogar a un cura sobre la Caja Raiffeisen que funcionaba en su comuna, le vio levantarse, abrir su biblioteca y traerle los registros, libros y papeles de esa cooperativa. Era el cura de la parroquia que dirigía la Caja de Crédito de sus feligreses y el presbiterio era la sede social.

El episcopado belga ha incitado, animado y ordenado a sus sacerdotes para que se consagren a la realización de obras sociales, especialmente agrarias y en la mayor parte de las diócesis han designado funcionarios eclesiásticos especiales para confiarles la misión oficial de promover e inspeccionar las obras sociales.

Estos funcionarios han sido y son preciosos consejeros para los miembros del clero que se consagran a la acción social. En los seminarios de Bélgica se dictan cursos de sociología y economía rural.

Antes de entrar al Gran Seminario, los futuros sacerdotes reciben, en su mayoría, una enseñanza agronómica que se da en cierto número de colegios eclesiásticos. Esta enseñanza especial es subvencionada por el Estado. (25).

Al observar esta preocupación del clero belga por las obras económicas y de prevención social, el citado Luis Varlez hace la reflexión de

(24) Max Turmann. Op. cit.

(25) Luis Varlez: “Las Asociaciones Rurales en Bélgica”.

que en Bélgica el ideal no es verdaderamente simpático sino a condición de marchar a la par con el bienestar práctico. Observación que bien puede aplicarse a los agricultores y a muchos que no lo son, de cualquier país del mundo.

Pero la obra más importante que existe en Bélgica, referente a los agricultores, es el Boerenbond, institución social y económica que se extiende por las provincias flamencas y que tiene su sede central en la ciudad de Lovaina.

En cada parroquia, casi siempre por iniciativa del cura, ha sido fundada una Gilda o Sindicato agrícola. Es esta una asociación local de agricultores que tienen por objeto el estudio y la defensa de los intereses profesionales así como la formación moral y social de todos sus miembros, preocupándose de sus intereses de orden general. En mi libro "Los Sindicatos Profesionales en la Argentina y en el Extranjero" así como también en la obra del señor Conde de Rocquigny "Los Sindicatos Agrícolas y su Obra" podrán encontrarse amplias explicaciones sobre la constitución, el espíritu, la obra realizada y los benéficos resultados de los Sindicatos Agrícolas.

Volviendo a Bélgica y al Boerenbond, agregaré que la Gilda o Sindicato local es la envoltura primaria y profesional dentro de la cual se forman, con cierta autonomía, instituciones de orden moral y de orden económico, locales; educación, recreo, experimentación agrícola, círculos de chacareras, centros juveniles, mutualidades y cooperativas de crédito, consumo, producción, seguros agrícolas; todo se organiza y funciona, independientemente uno de los otros, dentro de la Gilda.

Todas las Gildas están federalizadas dentro del Boerenbond, e iguales federaciones se constituyen por los distintos organismos a que me he referido.

He visitado en otro tiempo el palacio del Boerenbond de Lovaina donde se encuentra su dirección, su secretariado general, la Caja Central de crédito agrícola, la oficina de compras y ventas en común, así como las centrales de los demás organismos que integran esta magnífica organización.

En Diciembre de 1935 existían 1248 Gildas con 115.000 miembros, la oficina de compras y ventas en común había adquirido abonos y alimentos para los animales, por el valor anual de 262 millones de francos y vendido, solamente en huevos, por más de 26 millones de francos. La Caja Central de crédito agrícola tenía en esa fecha depósitos por valor de 50.700.000 francos y los préstamos vigentes de todo orden, ascendían a la suma de 293.440.000 francos.

El iniciador de la primera Caja Rural belga y de la primera Gilda fué, en 1891, el Abate Mellaerts, cuyo nombre ha quedado en la historia.

Si me he detenido a considerar especialmente al Boerenbond Belga, es porque le considero una organización ejemplar, digna de ser imitada en nuestro país, cosa muy posible.

Pero eso no quiere decir que no podemos mencionar ejemplos notables e ilustrativos de lo que han podido hacer y han hecho los curas párrocos de otros países del mundo, con notable eficacia y magníficos resultados.

Personalmente conocí, en Italia, a fines del siglo pasado, al Abate Luis Cerutti, cura de Murano, en Venecia, a quién volví a ver muchos más tarde ocupando el alto cargo de obispo de esa diócesis. Con él visité la Caja Rural, la cooperativa de consumo y una cantina cooperativa, obras todas fundadas por él mismo en la isla de Murano. Al abate Cerutti confió el pontífice León XIII, la tarea de propagar por Italia las Cajas Rurales de crédito agrícola y, puesto en esa tarea, llegó a fundar más de mil de esas instituciones.

En el deseo de no prolongar más este estudio omitiré con pesar la enumeración de otras buenas obras de esta índole que visité y estudié durante mis peregrinaciones en distintos países de Europa. Pero no deseo dar por terminada esta exposición, sin recordar a un modesto y santo sacerdote argentino, conocido con el nombre de "el cura Brochero", quién ejerció su ministerio en un modesto curato de las sierras cordobesas pero que llenó toda la serranía del eco de bendición y reconocimientos que arrancaron de los corazones humildes de sus habitantes, el ejemplo de virtud y de trabajo que les diera.

"Brochero, ha dicho el Dr. Ramón J. Cárcano necesita la vida ruda, agreste y rural del campo, luchando con la escabrosidad de la montaña para abrir su camino, con la distancia para auxiliar un enfermo, con la carencia de recursos para levantar templos y escuelas. La sencillez y humildad de su carácter, el grado de su instrucción, sus tendencias y hábitos, le llevan a amar la existencia entre la gente del campo, franca, llana, sin ambages ni dobleces, que no le exige el estilo y las maneras de refinamiento social sino la cultura natural de todo hombre decente. En ese elemento orgánico, Brochero encuentra su atmósfera, su actividad se dilata y su instinto del bien se desarrolla y siente en todas partes".

El cura Brochero llegó a ser eminentemente popular en toda la provincia de Córdoba y su fama trascendió al país entero. Sus feligreses encontraron siempre, en él, un consejero y un guía en las cosas del alma y del cuerpo; por eso fué que conseguía de ellos todo cuanto les solicitaba

y ellos podían darle. Su espíritu de caridad se expandió más allá del lugar de su ministerio y es debido, en gran parte, a su acción, que construyóse una línea férrea que reclamaban, desde hace largo tiempo y sin resultado, las poblaciones serranas.

Quiera Dios que estos ejemplos sirvan como simiente de bien, en toda la República y que cualquier trabajo que se realice, sea llevado a cabo con espíritu de tolerancia y amor sin excluir la colaboración de todo hombre que, aún cuando no tenga nuestra misma fé, se sienta inclinado a servir a sus semejantes; porque "el espíritu cristiano está en todos los hombres de buena voluntad". (26).

(26) Maritain: "Carta de la Independencia".

## BIBLIOGRAFIA

- GUSTAVO J. FRANCESCHI. — "La Democracia y la Iglesia".  
 JOAQUÍN SÁNCHEZ DE TOCA. — "Ensayos sobre religión y política".  
 RAÚL DE LA GRASSERIE. — "Les Religions Comparées au point de vue sociologique".  
 A. DE LUSTRAC. — "Socialisme et Christianisme".  
 MAX TURMANN. — "Le developpement du catholicisme".  
 JOSÉ MA. ZUVIRÍA. — "El principio religioso como elemento político social".  
 ABBÉ L. LABERTHONNIERE y otros. — "Le Catholicisme et la Société".  
 THEODORE REINACH y otros. — "Religiones y Sociedad".  
 ACEVEDO. — "El Cura Brochero".  
 MARTIN. — "Saint Augustin".  
 SERTILLANCE. — "Saint Thomas d'Aquin".  
 JOERGENSEN. — "Saint François d'Assise".  
 VINCENT. — "Saint François de Sales".  
 L. DURAND. — "Credit Agricole en France et l'Etranger".  
 RÓMULO AMADEO. — "La Acción Social Católica".  
 BOERENBOND BELGE. — "Rapport exercise 1935".  
 MAX TURMANN. — "Associations Agricoles en Belgique".

- ROCQUIGNY. — "Los Sindicatos Agrícolas y su obra".  
 A. VERMEERSCH. — "La legislation et les oeuvres en Belgique".  
 ARTAJA Y CUERVO. — "Doctrina Social Católica de León XIII y Pío XI".  
 JACQUES MARITAIN. — "Distinguer pour unir ou les degrés du savoir".  
 JACQUES MARITAIN. — "Carta de la Independencia".  
 JACQUES MARITAIN. — "Humanismo Integral".  
 NICOLÁS BERDAIEFF. — "Una Nueva Edad Media".  
 NICOLÁS BERDAIEFF. — "Le Christianisme et la lutte de classes".  
 MR. E. L. JULIEN. — "Le Prêtre".  
 EUGENE JULIEN. — "L'Evangile nécessaire a l'ordre social".  
 R. P. COULET. — "L'Eglise et le Problème Economique".  
 JOZEF TARGOVOSKI. — "Tradición y revolución en el ritmo de la vida".  
 PÍO XI. — "El Sacerdocio — Encíclica de 20 de diciembre de 1935".  
 PÍO XI. — "Encíclica Divini Redemptoris".  
 LEÓN XIII. — "Encíclica Rerum Novarum".  
 PÍO XI. — "Encíclica Quadragessimo anno".  
 EDUARDO M. LUSTOSA. — "Iustitia Socialis". — Problemas terminológicos alrededor de un principio nuevo. Revista "Estudios".